

JOHN CIA

Antes de nacer, John Cía, ya espiaba al mundo por donde podía. Luego a través de una emisora oculta en la placenta de mamá, enviaba sus informes a Washington utilizando como antena los cuernos de su padre.

A los tres meses de edad cambió la leche de su ama de cría por varios botes de leche en polvo y un informe secreto sobre las actividades extramatrimoniales de la señora de su progenitor.

A los doce años soplabá correctamente en varios idiomas y fue por ello enviado a perfeccionar sus dotes a la central americana.

Su vocación le arrastró al martirologio. Sorprendiéndose un día a sí mismo hojeando «El Capital» de Carlos Marx, se denunció a sus superiores y fue condenado a usar un solo ojo como castigo a su curiosidad.

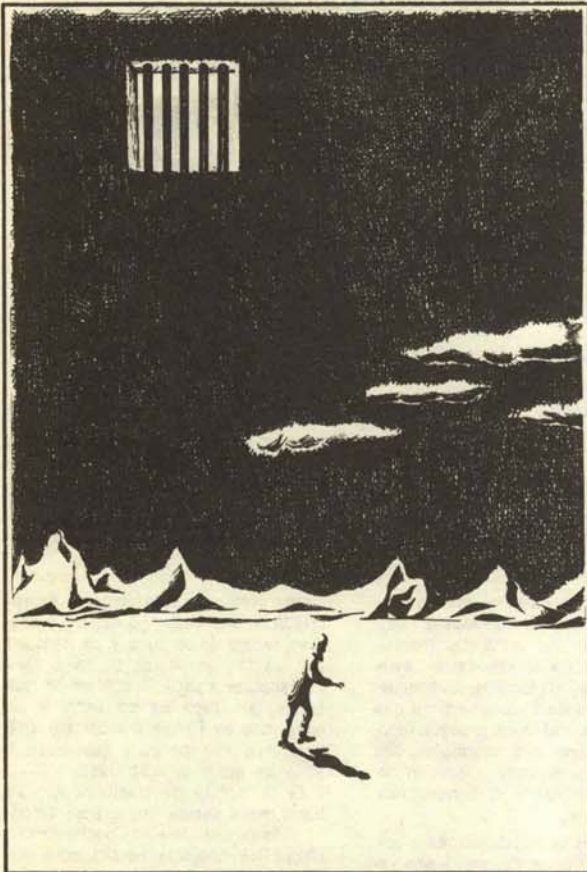
Dayan, al verle el parche ocular, lo incorporó a su equipo y lo envió a informar sobre los propósitos militares egipcios.

John Cía, disfrazado de arbusto, se



acercó a un campamento de institución y fue devorado por un camello que pastaba por los alrededores.

Sus restos, mezclados con lo que ustedes imaginan, fueron enterrados en Washington. Sobre su tumba se levantó un obelisco en cuya punta una antena manda a la central de la Cía información secreta de los acontecimientos políticos del infierno.



MEDIDA DE AUSTERIDAD BIEN ACOGIDA



Ha sido excelentemente acogida la orden que proscribe el uso del tenedor y cuchillo en los almuerzos oficiales y particulares, hasta nueva orden. La pitanza, hasta que pase la crisis, se hará a base de sopas y se utilizará sólo la cuchara. Enhorabuena a esta medida realista que suprime aparatosas ostentaciones suntuarias.

